

Benedicto Chuaqui

Cosa tenda...



ON el corazón alegre y sintiendo la felicidad de vivir, amaneció Julio Campos aquella mañana en que, precisamente, se iniciara para él, el período de su desgracia. Nada hacía presagiar en su ánimo ni en las circunstancias que lo rodeaban, los tristes días que se acercaban para su vida. Siguiendo su costumbre se levantó temprano a hacer el aseo del negocio, mientras Cristina, su mujer, se dedicaba a preparar el desayuno y limpiaba el comedor.

Mientras ponía en orden todos los trastos en el estrecho local y sacudía la vidriera, oía adentro a su mujer que a ratos canturreaba y luego conversaba con las pequeñas, apurándolas para que se vistieran pronto, a fin de no atrasarse en ir a dejarlas al colegio de primeras letras, desde donde ella, se pasaba al mercado a efectuar las compras.

Julio Campos sentía un inmenso agrado, al pensar en que su negocio marchaba cada vez mejor. Cristina era jovial, trabajadora y de buen carácter. Mientras sacudía el mostrador, llegaba hasta él, el tibio olor del café, de la leche y el pan fresco. Cristina, después de aderezar a sus dos hijas, a las cuales el padre adoraba, les decía:

—Ya están listas. Ahora vayan a saludar al papá.

El las besaba con infinita ternura, dándoles los nombres

más cariñosos que existían en su lengua, y, en seguida, se iba a sentar a la mesa en su compañía para tomar el desayuno, que servía Cristina con su jubilosa mirada de afecto para ellos. De este modo se iniciaba la jornada diaria. Y daba gusto trabajar así, cuando todo marchaba bien. Era la perfecta armonía.

No hay duda de que Julio Campos merecía aquella felicidad. Hacía siete años que había llegado a Chile, donde se adaptó fácilmente a la manera de trabajar, y a las costumbres de esta tierra. Se llamaba Jalil, que en árabe significa —*dilecto*— y como se parecía fonéticamente a Julio, adoptó este nombre. Su apellido era Barr y lo tradujo simplemente al español: Campos. Y de este modo, por su nombre y también por su aspecto,—era un moreno de ojos negros que comunicaba viva simpatía a su semblante—cualquiera podía creer que era un chileno nacido junto al Mapocho. Sólo al hablar se advertía su nacionalidad. Era bastante torpe aún para expresarse en castellano. Su analfabetismo contribuyó seguramente a que el idioma le fuera más esquivo.

Jalil Barr, o sea nuestro Julio Campos, era casado allá en Siria, cuando tomó la determinación de venirse a Chile. Se casó, porque tenía que hacerlo para satisfacer una necesidad biológica y tener la compañía de alguien, pero en realidad aquella mujer no había dejado huella en su vida. Ningún recuerdo de afecto, ni de sexo lo ataba a ella. Cuando dejó Siria, recordó a los amigos, a la gente con quienes conversaba y hasta a los animales que solía encontrar en su camino diario, mas aquella mujer con la cual convivió algunos años, se borró totalmente de su sensibilidad. No de su memoria, porque en verdad era difícil olvidar un acontecimiento tan importante en la existencia de un hombre. Esa mujer era para él, más bien, una imagen que rechazaba su espíritu casi instantáneamente, cuando alguna circunstancia se la traía a la mente.

Atravesó los mares, y fué, de asombro en asombro, viendo como era el mundo de inmenso. Comenzó a percatarse de que

que siempre llevan en sus alforjas alguna golosina, y tienen además pintorescas historias que contar.

Julio Campos era un hombre de rostro atrayente y de carácter franco y expansivo. Muy pronto sintióse cogido por la envolvente simpatía de Cristina. Sus veinte años alegres y saludables eran para él un grato refugio de paz y de esperanza. Ante su pregón humilde y fatigado, asomaba la chiquilla su faz risueña para decirle afectuosa:

—¡Buenos días, casero! Pase más adelante.

Julio Campos, descolgando su caja de baratijas, de donde se desprendía un agradable olor a jabones y agua de colonia barata respondía con su buena sonrisa a manera de saludo:

—¡Cosa tenda, caserita! Cosa tenda...

A él no le interesaba lo que allí le pudieran comprar. Era tan grato para su soledad, sentarse a descansar y servirse una taza de café con buena leche y un pan oloroso que le servía Cristina, que iba y venía, regañando a los perros, y hablando con las gallinas que entraban y salían por el rancho, dándole un ambiente de rústica placidez. La madre, entre tanto, cosía en su máquina Singer, preguntándole por los encargos que le hiciera en su visita anterior. Hilo, botones, agujas y algunas telas baratas que el turquito le traía a precio de costo. Nunca Julio Campos se preocupaba de anotar las mercaderías que allí dejaba. ¡Con qué podía él pagar el afecto con que lo recibían y los buenos ratos que allí pasaba?

Dentro de ese hogar tan pobre, se advertía, sin embargo, cierta holgura, porque la madre de Cristina que era viuda, trabajaba con incansable afán en sus labores de costura. Era la modista más apreciada en toda la vecindad. Sus ganancias le permitían mandar al colegio a Cristina quien había cursado todos los ramos que se enseñan en una escuela primaria. Y luego ella la fué adiestrando en la costura y hasta en la confección de sombreros, en los que manifestaba cierto buen gusto, raro en gente de tan poca ilustración.

Julio Campos, aunque completamente iletrado, tenía sin embargo la suficiente inteligencia para darse cuenta de que aquel hogar, a pesar de su modestia, era respetable, por los hábitos de esa gente, dedicada exclusivamente a sus labores cotidianas. No podía esperar nada que no fuera correcto ni decente de parte de Cristina, a quien los obsequios y manifestaciones de afecto del turquito, no dejaban indiferente.

Pero cuando estaba más feliz, acariciando su sueño de amor al lado de la linda muchacha, veníase de pronto a su mente, el recuerdo de su mujer a la cual le costaba un verdadero esfuerzo escribirle por intermedio de un amigo de confianza. Le atormentaba cruelmente la idea de que esa otra mujer lo privaba de todo proyecto de constituir un hogar en que no estuviera ella presidiéndolo. Y, a su lado, ya no era posible pensar en la felicidad. Recordaba la aldea perdida al otro lado de los mares, y la pobreza de sus deudos, le daba ánimos para pensar en que mientras él no les enviara los medios necesarios, jamás podrían viajar a Chile, pues el pasaje costaba una suma que nunca podrían reunir. Entonces distanciaba sus remesas y disminuía el monto de ellas, con la idea de que por mucho que economizara su cónyuge, jamás pudiera juntar lo suficiente para atravesar el dilatado océano que los separaba.

Se aferraba ilusionadamente a su esperanza, mas, de súbito, lo aterraba la idea de que él pudiera incurrir en el delito de bigamia. Un árabe honrado, que había crecido viendo como sus mayores respetaban las costumbres tradicionales no podía hacer eso. Julio Campos, en el fondo, seguía siendo Jalil Barr, el emigrante que traía de su tierra todo el fardo del ancestro sobre sus hombros. Mientras caminaba a lo largo de las calles del arrabal, pensando en todo esto, lo invadía una infinita tristeza, y, no obstante, no sabía cómo encaminaba sus pasos hacia aquella casita del camino a Renca, donde se sentía como en el Paraíso.

—¡Cosa tenda, cosa tenda!

Su grito resonaba lastimero, porque era la queja en que se exteriorizaba su oculto dolor. Y Cristina con su boca como una granada abierta que mostraba la perla de sus dientes, convertíase en tentación permanente. Sus ojos, con esa elocuencia de la pasión que comienza a adquirir proporciones, estaban gritándole:

—Yo te amo. Yo puedo hacerte feliz.

El podía ser inmensamente dichoso al lado de Cristina. Y entonces su negocio prosperaría. Poco a poco se irían acumulando los pesos que ahora él no sabía economizar, ni sacarles el verdadero provecho. Y soñaba con establecerse en Santiago y colocar una pequeña tienda de ropa hecha. Cristina ayudaría en la confección y en las cuentas, mientras él se dedicaría a efectuar las ventas a los demás comerciantes ambulantes. Y su imaginación corría por ese pequeño mundo de proyectos. Para un emigrante que ni siquiera sabía leer, no podía ser más hermoso aquel sueño. Mas, para que eso fuera realizado, no había más remedio que casarse con Cristina, única manera de disfrutar de su compañía y de su amor. Lo demás, eran vanas quimeras, que sólo lo llevaban a la desventura.

La lucha entre sus sentimientos y las obligaciones contraídas anteriormente, hacíanse más torturante cada día. La casa de Cristina era para el pobre buhonero una especie de faro que alumbraba todas las oscuras tinieblas de su desesperanza. Pero, en los momentos en que estaba casi decidido, veníase a su mente la imagen de su lejana mujer, y entonces, todos sus sueños e ilusiones, veníanse al suelo, ante el temor de lo que ocurriría.

Pero el amor tiene decisiones que ninguna circunstancia puede avasallar. Julio Campos sintió que su vida le pertenecía por entero y que tenía el derecho a vivirla con plenitud. Todos sus sentimientos convergían hacia el amor de Cristina y a sus proyectos de mejor vida junto a ella. Y fué de esta manera como se resolvió a casarse con ella.

Por ese tiempo no existía un estricto control de papeles oficiales, y en la información que se hizo, Julio Campos apare-

ció como soltero. Casi en silencio y con la mayor sencillez se llevó a efecto el matrimonio. Ese día Campos borró todo el pasado para iniciar una existencia nueva.

Alquilaron un pequeño local en la calle Meiggs, que tenía algunas habitaciones interiores, las suficientes para contener una pequeña familia, y allí se inició la actividad de Campos y su mujer. Instalaron una tiendecita y fábrica de ropa hecha. Y, como si con la felicidad llegara también la suerte, el negocio marchó a las mil maravillas. Julio Campos era un hombre bondadoso y afable, de tal modo, que todos los comerciantes ambulantes y los dueños de los baratillos instalados en el barrio de la Estación Central, lo preferían para encargarle toda clase de confecciones de ropas, de las que usaban las clases populares. Mientras Cristina cortaba y lo dirigía todo con gran inteligencia y buen criterio, Julio atendía el mostrador. Muchas veces los encontraban las primeras luces de un nuevo día, sin tener tiempo para satisfacer los innumerables pedidos que les hacían.

¡Qué días tan felices fueron aquellos! Nacieron en ese hogar dos preciosas niñas a las cuales Julio adoraba. Y Cristina parecía que había adquirido mayor belleza con la maternidad. Su abnegación para atender a sus chicas y su diligencia en el trabajo la dotaron entonces de una extraordinaria energía. Iban' derechamente a la conquista de una magnífica situación económica.

Pero Julio Campos, en el fondo de su alma, estaba sintiendo siempre una inquietud que no podía apartar de su mente. Había cesado de escribirle a su esposa en Siria, y aunque durante sus felices años de matrimonio con Cristina, nada supo de ella, temía, y con razón, que toda esa dicha se derrumbara cualquier día. Contra él estaba la tradición, el respeto a ciertas fórmulas de conveniencia de su raza, que no le era posible arrancar de su mente.

Y una mañana, en los momentos en que Cristina había salido para llevar a las chicas al colegio y pasar al mercado a efectuar las compras, Jalil, así como cuando súbitamente en un día

de sol aparece en el cielo una nube, vió erguirse sobre el umbral de su tienda a un paisano de su pueblo, que era a la vez pariente muy próximo de su mujer dejada allá en Siria.

Una violenta corazonada le anunció a Jalil,—en esa mañana desapareció Julio Campos—que desde ese mismo instante comenzaba su infortunio. El visitante se le antojó un pájaro de mal agüero que le traía la sombra de la desgracia, aunque le saludó en árabe con exagerada obsequiosidad. Echando una mirada a su alrededor le interrogó, sin poder disimular su apremiante curiosidad:

—¿Cómo va el negocio?

Jalil se quedó un instante con el pensamiento sumergido en un abismo en donde no podía encontrar la respuesta. Después replicó, sin entusiasmo:

—Va bien. Bastante bien—agregó en seguida, tratando de darse ánimo y ocultar su turbación.

El otro le observaba con insistencia, buscando su mirada, mientras Julio deseaba, con toda su alma, que se tragara la tierra a tan antipática visita. Este, después de dar algunos pasos por el estrecho local de la tienda, le inquirió de sopetón:

—¿No vives solo, no?

—Julio hizo un gesto evasivo. Recordó en ese instante a Cristina, a sus lindas chiquitinas y sintió que un odio salvaje lo acometía, pero casi inmediatamente pensó que era un delincuente, un bígamo, un hombre que había transgredido la ley.

Refunfuñó algo a lo cual el recién llegado no prestó atención, muy interesado en calcular lo que representaba en pesos constantes y sonantes, la existencia de la tienda. De pronto como si se diera cuenta que sus cálculos eran favorables, se dirigió a Julio en el tono de quien prosigue una conversación.:

—Sí, pues Jalil, como tú te olvidaste que tenías una esposa, ella ha estado muy alarmada al no tener noticias tuyas. No podía ser de otro modo, tú comprendes. Ella no ha olvidado a su marido y le escribió a sus parientes de aquí, pidiéndole noticias

tuyas y manifestándoles sus propósitos de venir a juntarse contigo. Y yo le mandé ese dinero. Tu me lo debes y espero que me lo pagarás apenas puedas. Ahora ella viene en viaje y llegará luego. Estarás contento con estas noticias supongo.

Julio Campos sentía que cada palabra de aquel hombre era como una puñalada que recibía en pleno corazón. Diéronle ganas de abofetearlo, de lanzarlo violentamente a la calle. Pero el otro le miraba con altivo gesto de seguridad. Vagaba en sus ojos ese odioso destello del gato que juega con el ratoncillo indefenso.

—Tú te casaste aquí. Tienes una mujer espúrea. Has faltado a la ley. Y yo vengo a decirte que si no deshaces todo esto cuanto antes y echas a esa desvergonzada de tu casa, yo haré lo necesario para que la ley te sancione en la forma que mereces. Yo estoy dispuesto a defender los derechos de mi pariente. ¡Pobrecita que no sabe lo que has hecho!

Si Julio Campos hubiera recibido una docena de garrotazos en la cabeza, no hubiera quedado tan aturdido, como con las palabras de aquel odioso tipo. Tuvo un gesto de rebeldía sin embargo al replicarle con la voz temblorosa, agitada por mil encontrados sentimientos.

—No sigas ofendiendo a mi señora. Ella no tiene la culpa de nada. Soy yo el único culpable, pues le hice creer que era soltero. No te permito que la ofendas otra vez. Te mataré como a un perro arestiniento, si vuelves a insultarla.

El otro, hombre rico, y de gran ascendiente en la colonia, hizo un gesto de desdén, y con sarcástica sonrisa se despidió de Julio, dejándolo derrumbado junto al mostrador. Pocos momentos después, entró Cristina, que, sin reparar en su turbación le dijo algunas palabras cariñosas al pasar. Julio sentía que su corazón destilaba sangre y que su cabeza iba a estallar. Un dolor de tanta magnitud le agobió como si de pronto lo hubiera atacado una extraña y dolorosa enfermedad.

Volvió el pariente de la otra, de aquella que en un instante echaba por tierra toda su felicidad, acompañado de un señor de gran prestigio y dinero, que adoptó una actitud casi agresiva para increpar a Campos. Hablaban en árabe, y Cristina, viendo el tono de la conversación vino a ver a su marido que estaba allí como acorralado, entre la lluvia de improperios que le lanzaban. Sin comprender de qué se trataba pudo advertir sin embargo que los visitantes la miraban con un fulgor de odio en las pupilas.

Jalil se vió perdido. Débiles razones acudieron a su mente, que fueron hechas trizas por sus acusadores. Y cuando éstos se retiraron, después de la acalorada y enojosa discusión, se vió asediado por su buena mujer, quien lo requirió con apremiante solicitud a enterarla de lo que acontecía.

Entonces, Jalil, deshecho en amargo llanto, confesó a Cristina la terrible verdad. Abrazado a ella le pedía perdón por su falta, entre las más tiernas protestas de cariño. Era Cristina una de esas mujeres de nobles sentimientos, y no tuvo ni una sola palabra de reproche para su marido a quien el destino venía a quitárselo de ese modo.

Desde ese día Julio Campos fué como la imagen de la desgracia. Perdió el apetito y el deseo de trabajar. Aquellos dos hombres, como cuervos que se ceban en los despojos de un cadáver, volvieron día a día a reiterarle su empeño de que abandonara a Cristina, sin importarles el efecto que esto había traído al ánimo de Julio.

Cristina, anonadada al principio, reaccionó después en forma enérgica. También se veían en ella los crueles influjos de esa tragedia. Enflaqueció, y en su rostro, donde antes resplandecía el brillo de sus ojos alegres y confiados, veíanse ahora las huellas del insomnio y del dolor. Los «caseros» que acudían al pequeño negocio, se percataron del terrible trance por que atravesaban, y les manifestaron sus simpatías. Algunos callaban, sin atreverse a opinar sobre el asunto, y otros, los menos, se atrevieron a insinuarles que no debían aceptar esa imposición tan odiosa.

Pero Cristina, un día, cortó de raíz aquel espantoso estado de cosas. Dolida en el fondo de su ser, de esa brutal asechanza de la vida, decidió facilitarle al buen Jalil, la solución de tan grave conflicto hacia el cual su amor por ella lo había arrastrado. Un día triste, en que contempló a su marido por última vez, ella se marchó del hogar, llevándose sus chicas. Se fué de nuevo a vivir a esa casita del camino de Renca, de donde un día salieron, creyendo en que su dicha sería tan larga como su existencia.

Se fué sin mirar hacia atrás, sin querer dejarse avasallar por el dolor que le causaba dejar a su marido, al amante marido, que en esos instantes había acudido a una cita que le habían dado aquellos hombres que concluyeron con la felicidad del hogar. Porque Jalil Barr o sea Julio Campos, se sumergió en la tarde de ese horrible día como en un pozo de soledad. En la soledad sin remedio de las almas que naufragan en la desventura que suele deparar la vida a los hombres que no saben vencer a la adversidad.

Los obsequiosos defensores de la ofendida esposa que venía de Siria a recobrar sus derechos y a poner en su sitio la dignidad del matrimonio, que Jalil deshonrara en un momento de ofuscación, no pararon en sus gestiones tan evangélicas y bondadosas. Persuadieron a Julio Campos, de la necesidad de anular el matrimonio con Cristina. El abogado a quien se consultó el asunto dijo que sólo se podía triunfar alegando abandono de hogar y adulterio. Julio, horrorizado ante tamaña proposición, protestó, recurriendo a las últimas reservas de su maltrecha voluntad, pero aquellos celosos defensores de la moral, lo reprendieron severamente.

—Te hemos sacado del pantano y todavía no comprendes tu deber ni lo agradeces. Ahora podrás volver a vivir con tu buena esposa, con una mujer de tu raza, con una mujer árabe. ¿No te das cuenta de ello?

Julio no se dejaba persuadir de tal beneficio. Seguía adorando a su Cristina y hubiera dado toda su vida por no inferirle una pena. Mas, lo horrorizaba el temor a las sanciones de la ley,

por el delito de bigamia. Aceptó también anular el matrimonio. Y aquellos buenos hombres, aquellos celosos defensores de su honra y de la legítima esposa, según ellos, se prestaron a comparecer, como testigos, en el juicio en el cual Cristina fué acusada de adulterio. Eran, sin duda, unos buenos amigos. Unos excelentes amigos, capaces de los mayores sacrificios por servirlo.

Lástima que Jalil Barr no aprovechara todas las excelencias de la nueva vida que habían venido a brindarle tan comedidos amigos. Enfermó a ojos vistos. Y se dejó morir. Más que la tuberculosis que lo atacó, lo mató su íntimo dolor. Su cobardía para rebelarse en aquel trance y para defender a su verdadero amor le causaron más daños que los bacilos de Koch.

Pero no cabía duda de que aquellos respetables hombres, habían cumplido con su deber. La sociedad en que vivimos exige graves responsabilidades y ellos las habían sobrellevado con grande y generosa comprensión. Quedaba una madre honesta y bondadosa, sin su marido, y dos hijos sin amparo, que en tales ocasiones alguien tiene que sufrir para que la justicia sea aplicada en forma correcta.

* * *

Sin embargo, a veces debemos pensar que hay algo más allá de la voluntad humana. Una fuerza oculta y poderosa que nada deja fuera de su verdadero sitio. Y vemos que en tales ocasiones esas decisiones superiores discrepan en absoluto de las determinaciones que suelen tomar los hombres.

La verdad es que al hacer estas sencillas reflexiones, es porque nuestra historia no paró aquí. Pasaron días, meses, años. ¿Quién puede recordar lo que pasó en un modestísimo hogar de la calle Meiggs? ¿A quien le puede interesar la triste historia de un turquito que vendía «cosa tenda» por los extramuros y por los caminos rurales vecinos a Santiago?

—¡Cosa tenda, cosa tenda!

¿Qué importancia tiene el sufrimiento humano, cuando se trata de vidas de mínima acción en el mundo, en el cual hay problemas trascendentales que solucionar? Así nos parece a los hombres superficiales, porque no conocemos el secreto profundo de las leyes del espíritu. Y, en este caso, queridos lectores, la ofensa inferida a una buena madre y la muerte de un hombre tímido como un cordero, que perdió su felicidad sin saber defenderla, tuvo una inesperada repercusión.

Aquellos hombres que defendieron con tanta abnegación la integridad de un matrimonio sirio, siguieron adelante en sus vidas cada vez más prósperas en bienes de fortuna y en satisfacciones familiares. Dos hijos de estos buenos amigos siguieron carrera en la Universidad y se licenciaron en profesiones que habrían de dar mayor importancia a su familia, en categoría social y en nivel cultural.

Pero un buen día, como ocurre en cuentos y leyendas, y como sucede también en la vida real, el amor, mago siempre travieso, vino a tocar el corazón de estos dos simpáticos mozos. Los enamorados exageran las cualidades de la mujer a quien aman. Y como eran muy amigos, desde los días de la infancia, el amor los cogió también unidos. Se habían prendado de dos preciosas muchachas de limpiísimos antecedentes. Su padre era árabe, y la madre una señora chilena, había trabajado tesonera-mente para educarlas y prepararlas para ganarse la vida. Entre las tres atendían una acreditada pastelería en San Bernardo. Constituían una familia muy apreciada por la gente de más calidad de ese pueblo.

Los padres sonrieron bonachones. ¡Qué diablos de muchachos! Tenían que casarse alguna vez y era mejor que lo hicieran luego antes de enredarse en aventurillas que sólo les traerían perjuicios y descalabros.

Pero de pronto aquella confiada sonrisa se les heló en el rostro. Las chicas preciosas, alegres, llenas de la inmensa alegría de vivir eran nada menos que las hijas de Julio Campos y de

Cristina; de Cristina, perdida en el tiempo, que ahora aparecía como un terrible juez que viniera a tomarles cuenta del pasado.

Los viejos gritaron, dijeron las cosas más terribles. Recordaron los tremendos insultos de la lengua árabe. Amenazaron con desheredar a aquellos incautos mozalbetes. Todo inútil. Los mozalbetes aquellos ya tenían en sus manos las herramientas de una profesión para ganarse la vida y no les importaba un comino el dinero de los enfurecidos viejos.

Y el amor triunfó esta vez ampliamente. Fueron ellos, los padres los que un día llegaron a pedir la merced de que los dejaran acariciar a los nietos, los mismos que Julio Campos hubiera adorado.

La vida es buena y hermosa. Y hay siempre una justicia verdadera. Ella tampoco negó una reparación a Julio Campos, al pobre buhonero que con melancólica voz iba soñando con el amor, mientras con su caja de baratijas, en medio de los caminos polvorientos, gritaba:

—¡Cosa tenda, cosa tenda!